

XV—EL PROTESTANTE ANGLOAMERICANO ENCOMIANDO EL TRATO HUMANO DE ESPAÑA PARA CON LOS INDÍGENAS.—SU ENCANTO PARA CON LA HISTORIA DE NUEVA ESPAÑA.

De aquellos mismos americanos protestantes que, venciendo notablemente prejuicios de raza, de nacionalidad, de educación y de creencias religiosas, condenaron los crímenes de sus antepasados en contra de los indígenas, óiganse ahora los encomios de los conquistadores españoles, para eterna confusión de esos liberales, hijos descastados de México, cuyas glorias más puras afean y ensucian repitiendo cual pericos estas calumnias del indio de Guatemala: "España embruteció y degradó a los indígenas, haciendo pesar sobre ellos 60 lustros de ignominiosa servidumbre," o esta sandez de un llamado ministro de Instrucción, era carrancista: "La Iglesia Católica siempre se ha puesto de parte de los poderosos para explotar a los humildes." (José Vasconcelos. Pr. 6 nov. 1926.)

En su obra: *Progreso de las Naciones*, el americano Seaman dice con una imparcialidad digna de alabanza: "Debemos confesar en honor de las colonias españolas y portuguesas, de sus misioneros, y en general de la política católica, que ellos conocieron el secreto de transformar las costumbres y género de vida de más de veinte millones de indios americanos; mientras que los colonos anglosajones y germanos apenas si han ejercido influencia sobre unos 120,000, únicos restos que quedan de los aborígenes de Norte América. Los ingleses, escoceses y alemanes, no guardaban ninguna consideración, ni casi sentimientos de humanidad para con los indios; mirábanlos como casta degradada cuyo trato para ellos era vitando, y consideraban como infamantes y en algunas partes llegaban hasta prohibirse por ley los enlaces matrimoniales entre ambas razas. Ningún medio se puso en práctica para atraerlos a la vida social de los blancos, corregir sus costumbres nómadas e infundirles hábitos de trabajo con un sistema coercitivo, pero moderado y humano, cual debe emplearse en la infancia de toda sociedad... Las naciones católicas por el contrario, siguieron una política diametralmente opuesta: consideraron a los indios como miembros de la familia humana, dotados por lo tanto de entendimiento con que perfeccionarse y de un alma que salvar. De aquí el no huir de su trato, levantar a las indias en muchas ocasiones a la calidad de esposas de los europeos, dictar unas mismas leyes para blancos y cobrizos, instruirlos en las artes útiles y en la industria, mejorar su condición tanto física como moral, elevarlos en la escala de la civilización y convertirlos en un pueblo quieto, pacífico y regularmente industrial... En vista de tales resultados ocurre preguntar: ¿cuál es aquí la política humanitaria y cristiana; cuál la egoísta e interesada?"

Más deprimentes, si cabe, son para los norteamericanos, estos cargos de su historiador Lummis: "Una de las cosas más asombrosas de los conquistadores españoles, casi tan notable como esa misma conquista, es el espíritu humanitario y progresivo que desde el principio hasta el fin señaló sus instituciones. Historias que han estado mucho en boga pintan a esa heroica nación como cruel para los indígenas. La verdad es que la conducta de España en este particular nos saca al rostro los colores. La legislación española referente a los indios era incomparablemente más comprensiva, más sistemática y más humanitaria que la de Inglaterra, la de sus colonias y la de los Estados Unidos, todas juntas," (Spa. p. 23) lo que el Presidente Roosevelt admitió en estas frases enérgicas: "Los

españoles implantaron una civilización muy distinta de la de otros pueblos conquistadores, que matan y esclavizan razas, como han hecho los ingleses y nosotros mismos en Norteamérica, y como están haciendo los ingleses en las Indias y los alemanes en África." (Veg. 1913. p. 285) "Esa legislación española, concluye Lummis, impone la admiración a todo hombre bien nacido." (Spa. p. 276)

Al paso que liberales follones y mal nacidos, como Juárez, que de Historia Patria nada sabía, y Miguel Galindo que sabía aún menos, acusan a los religiosos, que los hicieron gentes, de haberlos "embrutecido", "inculcando con la cruz en las conciencias indígenas, que dijo Díaz (Voz. 2 set. 1892) las supersticiones y la ignorancia," y hasta prefieren por más humanitaria, entre ellos Gustavo Baz y Federico Gamboa, la legislación de la protestante Inglaterra a la de la católica España respecto a los indígenas,—letrados e historiadores no católicos de Norteamérica, se hacen lenguas para ensalzar las obra grandiosa de esos humildes religiosos españoles, y con cariño estudian esa obra que en México denigra la ignorancia y protervia liberal, diciendo con el desenfrailado y lividinoso Dr. Mora: "De España los mexicanos no se acuerdan sino para despreciarla."

Uno de aquellos sabios americanos de fama mundial, Adolfo Fco. Bandelier, "autoridad de primera clase en cuestiones históricas de Nuevo México, Sonora y Arizona," a juicio de la Enciclopedia Británica; "esclarecido discípulo del famoso Humboldt, maestro de la nueva escuela histórico-americana," (Spa. p. 12) y honrado con un monumento internacional, erigido en Nuevo México, de orden del Presidente Wilson; al investigar dicho historiador los vestigios de la obra civilizadora que en Sonora, Arizona y Nuevo México llevaron a cabo los PP. franciscanos, cobró idea tan encumbrada de una Religión inspiradora de tales maravillas, que, abandonando la herejía protestante en que era nacido, abrazó la fe católica en la que murió santamente por el 1914.

Así es como la Historia, escrita por heterodoxos y anglosajones, viene proclamando con voz autorizada, a los renacuajos de la fangosa charca liberal mexicana, que la civilización del mundo ha sido llevada a cabo, con muy pocas excepciones, por la fe avasalladora de la raza latina.

En las Filipinas, un millón de católicos indígenas se han multiplicado en 140 años hasta casi en siete millones; mientras los 140,000 indígenas de Hawái, bajo el cargo de misioneros protestantes norteamericanos, han bajado a 38,000. Hay ahora en América latina 50 millones de indios, mientras la civilización protestante y anglosajona ha casi aniquilado la población indígena en los Estados Unidos, (Guggenberger, *Gen. Hist. of the Christ. Era.* II. 311) cual aquí lo reconoce Lummis: "De los millones de indígenas que teníamos, 250,000 nos quedan, y eso debido a que la mayoría de ellos estuvieron hasta 1847 bajo la jurisdicción de un gobierno católico." *The Awakening of a Nation.* N. Y. and London, 1899. p. 52) ¡Ay de ellos si desde el principio hubieran tenido la desgracia de hallarse en territorio de anglosajones!

Con referencia a la obra civilizadora que los franciscanos realizaron entre los indígenas con recursos mezquinos, rindió Lummis este nobilísimo homenaje a aquellos esclarecidos varones "a cuyos iguales en poder intelectual, valor físico y fuerza moral, dijo otro protestante, es inútil buscarlos en nuestra época."

(J. T. Farnham. *Early Days in California.* 1859). "La vida de los misioneros españoles presenta rasgos que fascinan a cuantos admiran el heroísmo solitario que no necesita ni aplauso, ni espectadores para mantenerse vivo. Ser valiente en campo de batalla o en casos de excitación parecida es muy fácil; pero es cosa muy distinta hacer una heroicidad cuando nadie la presencia y en medio, no tan

sólo de peligros, sino de toda clase de penalidades y obstáculos... El hecho histórico que no se puede negar y está sacando los colores al americano reflexivo, es que en el lapso de 54 años, el gobierno español (Dígase el misionero español, corrige el P. Engelhart. IV 532), pudo evangelizar en California cosa de 100,000 indios salvajes; les edificó 21 templos costosos y magníficos, (2) los mejores de los cuales no se construirán hoy día por \$100,00; les dió escuelas, y escuelas industriales en número mucho mayor que las que tienen actualmente, (1902) después de 54 años de gobierno americano, enseñó la lengua española y la religión cristiana a mil indígenas por cada uno de los que nosotros aleccionamos en idioma y religión (Spa. p. 160.24), religión e idioma de que todavía no se olvidan, y con los cuales 99 por 100 de ellos están muy bien hallados, al paso que rechazan cuanto nos hemos empeñado en inculcarles. Les enseñó a levantar casas regulares, a ser buenos carpinteros, albañiles, yeseros, herreros, jaboneros, curtidores, zapateros, cocineros, ladrilleros, hiladores, tejedores, talabarteros, pastores, vaqueros, viñadores, hortelanos, molineros, constructores de carros, y así por el estilo." (Out West. may. 1902)

Faltó haber agregado a esta lista, aunque larga asaz incompleta, el que entre las bellas artes que a los indios enseñaron los franciscanos aun desde los albores de la conquista, la pintura alcanzó muy en breve tanta perfección que Bernal Díaz del Castillo, con toda ingenuidad cita a tres indios sus coetáneos, grandes maestros del oficio, como superiores a Miguel Angel y Apeles. (Dic) Años después Torquemada escribía: "Lo cierto es que entre los indios había pintores muy primos; y principalmente después que han visto nuestras imágenes de Flandes y de España, se han pulido mucho, y nada que no imiten y contrahagan perfectamente." (Mier p. 75)

Con tanta perfección aprendieron la pintura al óleo, de ellos entonces desconocida, que en 1558, un español notable, de visita en México, se asombró de ver un cuadro representando la conquista, por un indígena pintado solamente 37 años después de ésta.

Mayor asombro habría experimentado, si hubiese conocido al pintor Miguel Cabrera, cuyas obras le merecieron ser llamado el Rafael mexicano. "No puede causar extrañeza que la pintura hubiese andado largo camino en el tiempo corrido desde la conquista hasta 1600; porque en todas las artes sucedió lo mismo." (Cou)

A pesar de todo lo dicho hasta aquí en loor y alabanza de los misioneros españoles por tanto sabio extranjero y acatólico, no faltan mexicanos renegados a par de ruines que no temen darse patente de fanáticos, al disparar sandeces de este calibre: "La verdad es que sistemáticamente se impedía el desarrollo de los conocimientos y su difusión entre los indígenas que formaron una masa embrutecida, sin otra instrucción que la del catequista." (Perry) "La Nueva España, suelta otro batueco liberal, fué educada en los principios más rancios de la más rancia, más retrógrada y más carcomida de las naciones europeas." (Sali. p. 45) "Fueron los españoles, blatea al rancio jacobino, Rodolfo Reyes, una raza torpe como colonizadores." (Org. p. XXII) (3) más torpe mil veces quien, al salir con esa pata de gallo, ostenta una ignorancia de la Historia de su Patria, merecedora de una buena tanda de palmetazos, por ser imperdonable en un ex-ministro de Justicia. (6)

Interin pretende el inculto Carranza, plagiando a Juárez, "borrar hasta el último vestigio de la época colonial," y declara el tirano bolchevique, Calles: "Somos los hombres que hemos venido a destruir todas las tradiciones," (Colu. enero 1927) (4) la América protestante; pero no cretina, gasta, testigo la Fundación Carnegie, fortunas y vidas enteras en buscar en el mar inmenso de la bibliografía y numerosos manuscritos de los frailes, para descubrir reverentemente los últimos vestigios y gloriosas tradiciones de la maravillosa época colonial.

Cuando el profesor universitario y americano, Herbert Bolton, dió con el manuscrito "Favores Celestiales de Jesús, María Santísima y del glorioso Apóstol de las Indias, San Francisco Javier," con que lo designó su autor, el P. Kino, jesuita, manuscrito que en el Archivo General y Público de México tenía despectivamente arrumbado la sapiencia liberalesca, por creerlo cosa de frailes ignorantones o de beatas rezanderas, dicho profesor lo reprodujo en edición esmerada, lo exornó con biografía en extremo laudatoria del venerable autor, y lo enriqueció con eruditas notas, celebrándolo como "obra histórica sin par, de gran importancia y de un valor incontestable." (Ki. p. 73)

Aun más: a esos frailes que el liberalismo ingrato y fanático calumnia de haber embrutecido a los indígenas, la América protestante, pero culta y agradecida, proclama muy alto, por medio del granito, del bronce y de las cien mil voces de la Historia, que es su propósito salvarlos del olvido, y presentar a la admiración de los pósteros la obra sublime e incomparable de los misioneros españoles en este continente. "España, dicen aquellos historiadores, alcanzó en América una envidiable reputación de heroísmo y de incomparable sistema de colonización en el que no ha podido igualar la ningún otro gobierno, en ningún tiempo, ni en ninguna otra parte del mundo (Lum.) Fué el sistema de sus misiones en favor de los indígenas, el más justo, más humanitario y más equitativo que jamás se haya ideado." (Lummis en Out West. junio 1904. p. 556)

Cuando la inauguración de la cruz monumental erigida en San Diego, California, en honor de Fray Junípero Serra, uno de aquellos grandes misioneros españoles que vilipendia el México barbaramente liberal, y arroja de su suelo como extranjeros perniciosos, un miembro acatólico del congreso americano, pronunció en representación del presidente Wilson, y ante selecta asamblea, estas notables palabras: "Con demasiada frecuencia hemos oído decir que los españoles vinieron al nuevo mundo solamente para apoderarse del oro. (5) La vida del P. Serra y muchas otras de su género, demuestran que la noble misión de los conquistadores españoles fué la de traer a estas tierras la civilización cristiana." (Veg. 26 Oct. 1913)

En Nuevo México, aunque no católicos los anglosajones conservan con esmero y cariño las tradiciones españolas que Juárez, Carranza, Calles y demás mexicanos renegados de tejas abajo, quieren destruir. Cada año celebran en Santa Fe una gran fiesta para honrar la veneranda memoria de los PP. franciscanos que evangelizaron a los indios, y las proezas de aquellos hombres de fierro que descubrieron y colonizaron enormes extensiones de tierra donde fundaron poblaciones, y construyeron caminos y templos.

Para solemnizar el 147 aniversario de la primera misa que en California celebró el P. Serra, la Exposición de San Diego descubrió con ese motivo, el 24 de septiembre, de 1916, una lápida de bronce, conmemorativa de la magna obra civilizadora del buen religioso. Con ese mismo fin se le ha levantado una estatua en la Misión de San Juan Capistrano, otra en la Misión del Carmelo donde reposan sus restos mortales, otra de bronce en la ciudad de San Francisco, y otro monumental y de granito que en Monterrey, ciudad del mismo Estado, le erigió una de sus fervientes admiradoras, la protestante señora Stanford. Por el 1923 se proyectaba colocar en la Galería Nacional del Capitolio, en Washington, otra estatua suya, como al representante de los hombres ilustres de California, proyecto actualmente realizado. No satisfecho el Estado de California con tantas pruebas de respeto y amor, declaró fiesta nacional el día de la sepultura del P. Serra.

Aquí de la exclamación admirativa de otro protestante americano, el culto y profundo historiador John Fiske: ¿Dónde hallaremos palabras capaces de expresar la deuda de gratitud que a la Iglesia

católica debe la civilización moderna?" (*The Beginnings of New England*)

Lo que realza entre los espíritus reflexivos la trascendencia de la labor didáctica de los misioneros españoles es que ellos, impulsados por el ardor de su fe religiosa, se dedicaron, además, a otra obra más ardua sin comparación, la civilización de los indios salvajes, con quienes estuvieron en continuo contacto; al paso que los colonos protestantes de Norteamérica se quitaron de encima tan enojosa tarea, con eliminar a los indígenas, cuya triste suerte quedó señalada en las manos de sus verdugos con manchas de sangre, y en su frente con el sello de Caín.

El americano inculco que se burla con tanta petulancia del atraso de los países latinoamericanos en su práctica del gobierno democrático, ¿se ha preguntado acaso cuál sería actualmente la situación de los Estados Unidos, si en vez de formar el 90 y tantos por 100 de su población los hijos de esas naciones europeas, cuya civilización, más que milenaria fué trasplantada de Europa en América, lo constituyesen los descendientes de las tribus de kikapus y manches, apenas acabadas de salir de la barbarie? ¿Se ha preguntado cuánto no tendría que deslustrarse la cultura superior de la población española con su convivencia y sus enlaces con un pueblo semi-bárbaro, y con la falta o escasez de escuelas para criollos y conquistadores, siendo que la civilización europea traída por los colonizadores de los Estados Unidos, ningún abatimiento sufrió, por haber estado prohibido el cruzamiento con el elemento aborígen con el cual no hubo más contacto que el precisamente indispensable para exterminarlo?

¿Pudierase, en tales circunstancias, esperar para Estados Unidos condiciones más halagüeñas que las que privan ahora en México, si bien, a pesar de todo, cuando al gobierno virreinal lo inspiraban ideales católicos, aquellos aborígenes, confrontados con los colonos protestantes de la América inglesa, los superaban en cultura y civilización, cual lo afirman dos grandes autoridades en esa materia: Lummis y Bourne?

¿Qué deshonra para el liberalismo, cuyo vocero, el bígamo Palavicini, propuso, en odio a la civilización española, se cambiara la denominación "hispano-américa", por la insulsa de "países indolatinos"! y ¿qué ignominia para Juárez el haberse regocijado por boca de su inculco ministro, Manuel Ruiz, de ver "rota para siempre la cadena de oprobio que nos ligaba al trono de Carlos V." (12 jul. 1859) toda vez que a los americanos protestantes, con sus prejuicios de raza y de religión, les encanta la maravillosa y novelesca Historia de México, y la publican en términos caldeados por una admiración que se les impone, como aquí vamos a verlo!

Carlos Lummis: "La exploración de las Américas por los españoles fué la más grande, la más larga y la más maravillosa serie de valientes proezas que registra la Historia... El transcribir todas las heroicidades de los exploradores llenaría toda una biblioteca... Para todo verdadero americano, la Historia de México es un relato que fascina." (*Spa.* p. 18. 90)

El Dr. Herbert Bolton: "La Historia de las vidas, trabajos y experiencias de los misioneros es tan fascinadora como cualquier novela; y aun así, constituye la parte más seria y preciosa de nuestra Historia americana." (*Veg.* 1921. p. 111)

De aquella Historia novelesca, abstracción hecha de la época ignominiosa corrida de la Independencia acá, y que solo el verdugo pudiera fielmente relatar, dice una dama americana favorablemente conocida en la República de las letras: "Esta Historia es, sin excepción alguna, la más fascinadora y la más romántica que en el mundo se conozca. La semilla de la civilización española, caída en esa tierra maravillosa, produjo una floración tan mágica y llena de atractivos, que el alma aun más embotada siente

el encanto de ellos. Todo cuanto se hizo para México, hízolo España," (*Osh.* p. 162) concluyendo un enemigo de ésta: "No hizo más España, porque no podía más hacer." (*C. Ma. Bustamante*)

"Los grandes acontecimientos que el siglo 16 presenció, los grandes hombres que en él florecieron, prestan inagotable materia para una narración del más alto interés político, religioso, filosófico, social y hasta dramático: aquella Historia parece una novela, ¡oh, y con cuánto placer le habría yo dedicado, exclama nuestro ilustre Icazbalceta, años y vigiliias y gastos, si el conocimiento de mi propia insuficiencia no hubiera atajado siempre los vuelos del deseo!"

#### NOTAS

(1) "Nada costaba a la Corona la fundación y sostenimiento de las misiones de California. Eran más bien éstas las que mantenían sus tropas y empleados: primero con el ganado, semilla y todo género de productos de las misiones que dichos empleados se apropiaban sin compensación alguna; y después, con el fondo piadoso cuya administración el gobierno había injustamente asumido, y cuyos réditos invertía en objetos del todo ajenos al fin por el cual aquel fondo se había formado." (*Eng.* II. 585. 655-657)

(2) De un escritor americano anticatólico recogemos esta confesión honrosísima para los misioneros franciscanos de California, a fin de que "el indio sublime," cuya lengua viperina los acusó de "haber embrutecido a la raza indígena," después de haber sido él mismo recogido y despiojado por un lego franciscano, a quien debió su porvenir, oiga para su mayor vergüenza, desde la morada de Pedro Botero, cómo enemigos de esos mismos franciscanos tuvieron la hobleza de hacerles justicia, a pesar de no haberles comido su pan ni merecido favor alguno. Dice Fitch en su libro *Junípero Serra*: "Sus misiones eran imponentes en su artística belleza y sencillez... Esos frailes españoles levantaron, con los materiales más crudos e ingratos, unos edificios que hoy en día llaman la atención del viajero y lo llenan de sorpresa y admiración... Aquél que estudia arquitectura no puede hallar actualmente en Estados Unidos nada que ostente una inventiva más original y un diseño más hermoso que aquellas ruinas de las antiguas misiones de California... Muchos de entre los franciscanos desarrollaron un talento notable para el dibujo y el arte arquitectónico. A ellos toca la honra de haber inventado un estilo original de arquitectura tan bien armonizado con el cielo azul, elevadas montañas y llanuras feraces de California, que la arquitectura llamada de las misiones ha sido adoptada y está gozando de merecida boga en la construcción de edificios de la costa del Pacífico;" y no en aquella costa solamente, en varias ciudades del interior, San Antonio, por ejemplo, ante cuyas estaciones de ferrocarril más de una vez se han persignado mexicanos recién llegados al país, por creerlos templos católicos.

"Aquel espíritu de fe y de inspiración de los intrépidos misioneros, dejó monumentos para contar la Historia de México en sus antiguas misiones de Texas, Arizona, Nuevo México y por toda la costa del Pacífico. Para nosotros los del Norte, dice la jerarquía norteamericana, esos edificios, linderos de nuestras primeras misiones católicas dentro de nuestras fronteras, faros de religión y de civilización en nuestro suelo, manantiales y fecundos gérmenes de una literatura característica, matizada de colores nativos y de índole individual, son tesoros apreciados como precioso legado, nobles e inspiradores." (*Lett*)

Más enfático aún es el señor Francisco Elguero: "La arquitectura colonial diseminó en todo el país 165 ciudades y 8,000 templos, algunos de una riqueza increíble y en pequeñísimas poblacio-

nes como Tlacolula, Ecatepec y Tepozotlán, que podrían envidiar grandes capitales europeas. Después de la independencia y cuando jacarandosos y fanfarrones, tanto hemos cacareado el progreso, no se ha vuelto a hacer, no digamos una catedral de México, un palacio de Minería, una estatua de Carlos IV, pero ni un acueducto de Querétaro o de Valladolid, ni edificios como los de Taxco o Cholula."

Contesten ahora los ateos que hicieron dar a Nueva España el nombre de México Bárbaro, con qué estilo arquitectónico su idólo de Guelatao y demás reformistas, adoradores del Gran . . . Arquitecto . . . del Universo . . ., sustituyeron el de aquellos frailes ignorantes. Fuera de sus planchas de arquitectura masónica y de sus penitenciarías, la Reforma nada edificó: al contrario, como el beodo que estrella contra el suelo la vajilla de su casa, ella mandó, en la gran borrachera reformista, "demoler, por innecesarios, los templos anexos a los conventos de frailes (Circ. de Oc. II. 408); y con tanta festinación destruyó con su barreta, iglesias, hospitales, escuelas, obras artísticas y monumentos históricos, que pudo Icazbalceta asentar con toda verdad, que "había venido a ser proverbial la barreta de la Reforma, por lo mucho que demostró." (Vocab. de Mexicanismos)

(3) Del americanista Lummis son estos conceptos encaminados a poner en evidencia las majaderías de un Rodolfo Reyes y los de su laya, que "no parecen admitir la superioridad de España en materia de colonización. Mucho antes de que los sajones hubieran levantado siquiera una cabaña en el nuevo continente, o penetrado cien millas adentro de sus costas, los conquistadores españoles habían explorado la América desde Kansas hasta el cabo de Hornos, por uno y otro mar, y habían establecido, tierra adentro, una cadena de ciudades en una longitud de cinco mil millas." (Spa) Agrega un americano, profesor universitario: "Prácticamente, tres cuartas partes de las ciudades del territorio constituido ahora por los Estados Unidos, México y Canadá, han surgido sobre los cimientos echados por los misioneros." (Dr. Herbert Bolton, Professor of American History, University of California, Veg. 1921, p. 112.)

En frase del erudito Orozco y Berra, las figuras de los conquistadores españoles aparecen tan altas, "que es preciso alzar los ojos para verlas;" (IV, 644) en tanto que a Rodolfo Reyes y demás enanos que mata de envidia la grandeza de los conquistadores, hay que agacharse para verles su cara de baqueta.

(4) "Calles y la absoluta mayoría de los hombres del gobierno y de la revolución son cordialmente antiespañoles, lo llevan en la masa de la sangre, no lo pueden disimular . . . Calles, en carta publicada en la prensa, se desahogó en insultos contra los españoles, y aun amenazó colgar de un árbol a D. Adolfo Prieto . . . En un periódico, defensor incondicional de Calles, e impreso en la imprenta de la Cámara de Diputados, se descubre toda la política antiespañola de Calles y de su gobierno; pero en forma tan grosera y villana, tan infame y canallesca, que revela todo el odio del gobierno bolchevique a la nación católica regida por un rey católico . . . A éste se le titula El Rey Cretino, y las palabras idiota, pillastre, perjuro, corrompido, malvado, traidor, tiesto coronado, etc, juegan sin cesar en todos los párrafos del tal artículo, en el que se alaba a Unamuno, Ortega Gasset, Almagesto, etc., para reforzar con sus opiniones el ataque injustificado, la calumnia desvergonzada, la injuria y el ultraje cobardes, dirigidos a la persona del rey, extendiendo el insulto y la ofensa a su gobierno y al pueblo español." (Sanz. p. 115)

(5) Esa calumnia acerca de la sórdida codicia y despreocupación religiosa de los conquistadores, tantas veces baboseada por evangelistas liberales, rebátela no solo documentos intachables,

sino también, entre tanto sabio americano, los historiadores protestantes Lummis y Prescott, éste furiosamente anticatólico. Del gran Hernán Cortés sábese que el alabado, oración que en los campos canta el Labrador al comenzar sus tareas, lo estableció el Conquistador, y es todavía en uso al cabo de 400 años. "Tan celoso era él para la difusión del cristianismo que entre los soldados era un misionero, y su celo de tal igualaba a veces al de los prodigiosos frailes de la conquista." (Elg. 1921. p. 1019) De él no temió afirmar un gran defensor de los indios, el santo Motolinia, que sus obras eran más aceptas al cielo que las del mismo fraile Bartolomé de las Casas. (Elg. 1921. p. 959) Uno de sus soldados libertó a los 500 y más indios de su encomienda, repartió sus bienes a los pobres, y, depuesta la espada y la coraza, vistió con el nombre de Fray Cintos, el sayal de franciscano, no para el coro, aunque sabía muy bien leer y escribir, sino como humilde lego que sirvió de portero con gran edificación de México donde murió en opinión de santo.

Ejemplos de conquistadores metidos religiosos, muchos hay en aquellos tiempos de desorden, refiere Icazbalceta en su Prólogo al "Código Franciscano." Uno de éstos, Fco. Pizarro, conquistador del Perú, sin ser franciscano, era un verdadero misionero en medio de sus soldados, religiosos también como él. Así lo narra y encomia el protestante Precist: "Entre los conquistadores, muchos eran hombres de una humildad ejemplar y según las pisadas de Francisco Pizarro en eso de esparcir la semilla de la verdad religiosa, y con celo desinteresado consagrabanse a la propagación del Evangelio. Así es como sus obras probaron que ellos eran los verdaderos soldados de la cruz, y que el objeto tan ostensiblemente confesado de llevarla como su bandera en medio de las naciones bárbaras, no era vana jactancia." (Conquest of Peru. I. 321)

Pizarro y sus soldados guardaban en campaña los días de fiesta y los de ayuno, y rezaban mañana y noche sus oraciones. Derribado Pizarro por las espadas que unos traidores hundieron en su cuerpo, pidió luego confesor y rezó el acto de contrición. (C.H.R. jul. 1916) "Aun entonces, aquella voluntad de hierro hizo que el cuerpo obedeciese el último sentimiento de su gran corazón, e invocando a su Redentor, mojó un dedo en su propia sangre, trazó en el suelo una cruz, doblegóse y besando el sagrado símbolo, espiró." (Spa. P. 291)

Hombres que así mueren no pueden ser aquellos licenciados de presidio cuyo único afán, dicen sus calumniadores, Gamboa entre ellos, era ir en busca de oro. "La Historia científica moderna, asienta Lummis, ha ilustrado plenamente cuán falsa y disparatada es la idea de que los españoles tan solo buscaban oro, y nos enseña de qué manera tan varonil satisfacían las necesidades del cuerpo como las del alma. El oro no les hacía olvidar su religión. Así que cuando Pizarro, el humilde porquerizo de Trujillo, se vió sublimado de la más abyecta y prolongado pobreza al más alto pínaculo de la fama y de la opulencia, permaneció siempre el mismo hombre, prudente, quieto, modesto, heroico, temeroso de Dios y agradecido a sus beneficios... No ha habido ni podrá haber hombre alguno que por mera avaricia lleve a cabo las proezas que realizó Pizarro. Semejantes éxitos sólo pueden alcanzarlos las almas grandes que van en pos de los ideales más altos, y ciertamente la principal ambición de Pizarro era conseguir algo más noble y más perdurable que el oro," (Spa. p. 183, 230, 227) algo que se cifraba en la gloria de extender los dominios del monarca y propagar la fe de Jesucristo, dando así en frase hermosa de Lope de Vega.

Al rey infinitas tierras,  
y a Dios infinitas almas.

En cumplimiento de lo último, las primicias del laborío de las primeras minas de oro de América, fueron dedicadas a fabricar un cáliz para la catedral de Sevilla, y a dorar la bóveda de la basílica de Santa María la Mayor, en Roma.

#### XVI.—LOS INDIGENAS SUSPIRANDO POR EL ANTIGUO REGIMEN.— BELLAS PRENDAS DEL INDIGENA.

Si tan poco hizo el liberalismo para educar a la raza indígena, mucho menos hizo para mejorar su condición social y económica. Muy al contrario: la empeoró según esta proclama de Bulnes: "Nuestra hermosa clase pensadora es la que ha hecho la Reforma contra los indios." (Rev.)

¿Qué extraño, pues, si aun a la fecha suspiran los indígenas por el antiguo régimen y sus "60 lustros de ignominiosa servidumbre," con las mismas ansias con que un año después de la Independencia los oyó Poinsett (Poin) clamorear por la vuelta del gobierno virreinal y sus moderadas contribuciones?

Asienta Bancroft (Hist. III. 331) que los indios de California tan poco aprecio hacían de la libertad civil y demás pamplinas con que en 1832 les brindó el gobierno liberal, a fin de emanciparlos de la tutela de los franciscanos, y después, despojarlos de sus tierras, que rechazaron aquellas ofertas con unánime desprecio. Al año, el gobernador del Estado, como buen liberal, enemigo de los frailes, hacía al presidente de México la penosa confesión de que, en respuesta a su empeño de emancipar de la tiranía monacal a los indígenas a quienes había prometido tierras, agua de riego, solares, ganado, libertad civil y demás ventajas, "tuvo el sentimiento de oírlos renunciar de todo, por permanecer en la servidumbre en que vivían." (Eng. III. 498)

¡Y qué mucho que amaban los indígenas la servidumbre monacal! "Solo porque les dieran frailes para sus pueblos, venían los indígenas por los modelos de las iglesias y conventos; y cuando iban los frailes, ya se los hallaban hechos". (Mier. p. 47) A Fray Andrés de Olmos, compañero del venerable Zumárraga, los indios iban aun de 40 leguas a conocerle y oírle.

Al P. Eusebio Kino seguía en todas sus andanzas una turba de chiquillos que lloraban su partida y se trepaban a las ancas de su caballo, yendo en su compañía por largos trechos. En prueba de afición, los naturales confiabanle sus hijos a los que el bendito Padre cuidaba tiernamente. Con tristeza refiere que cuando se llevaron a un indio que amaba mucho, éste que lo quería más que a sus mismos padres lo llamaban lloroso, con voz de auxilio, gritándole: ¡Padre Eusebio, Padre Eusebio!

Al Padre San Miguel, muy abstinente, muy casto, muy dado a la penitencia, que sin dejar gruta, escollo ni monte por registrar, dióse a buscar indios salvajes y traerlos blanda y amorosamente a poblar en el llano, al retirarse a su convento le salían aquellos por los cerros y seguían sus huellas como de tierna madre. (Prim. 43. 186)

¿Qué misionero hubo más ardientemente amado que el gran Vasco de Quiroga, insigne benefactor de la raza indígena, que importó de Haití a México el plátano, aclimatándolo en Michoacán, que sin planes revolucionarios, sin promesas de reparto de tierras ajenas, enseñó a los indios de su diócesis diversos oficios, correspondientes a otras tantas industrias? "Este varón santo, dice Justo Sierra, tras de pacificar a los tarascos a fuerza de caridad y de justicia, organizó la industria y la riqueza de Michoacán con una curiosa y excelente distribución del trabajo, dedicando a cada pueblo a un

solo oficio. En Michoacán, lo mismo que en México, estableció colegios y hospitales. Estos hospitales fueron ingeniosos ensayos de comunismo cristiano, contruidos y reglamentados para aliviar la miseria de los indios." (Conq. p. 185. 157) Aun a través de tres siglos, las razas tarascas recuerdanlo rindiendo ferviente culto a su santa memoria; y cuando a él se refieren, llorando le dan el dulce y tierno nombre de Padre: Tatá Don Vasco, prueba de que estaban los indígenas bien hallados con el gobierno paternal de los frailes que "hacían verdaderamente de padres espirituales y temporales," decía al rey el conde Revillagigedo, segundo de este título, y a quienes conservaban los indios un respeto rayano en veneración fanática, bien ganada por cierto con haber sido aquéllos sus maestros en la Religión y en las artes necesarias para la vida (Al. I. 98); y con haberlos protegido contra la opresión de los conquistadores, y las violencias de otros tiranos y negreros de su propia raza, los liberales, más aborrecibles que los primeros sin comparación.

Tiene la palabra Bulnes: "La inmensa clase rural, especialmente la raza indígena, pueblo silencioso y dulce, no ama ni puede amar la Constitución de 57. Era esa Constitución la que la había despojado de sus ejidos, la que la había entregado a la codicia de terratenientes, la que la había privado de su Religión,... por los indígenas amada con delirio." (Di. p. 418. 419).

Después de Huitzipochtli, fué sin duda alguna Juárez el peor cuchillo de los indígenas. Para sostenerse a punta de bayoneta en su usurpada presidencia, los desangró durante 14 años en que llovió sangre, los empujó con sus leyes de Reforma, "hechas contra el clero y los indios," (Rev.) recalca Bulnes, a una sangrienta guerra de religión y revolución agraria, de forma que, aun en la actualidad, dijo un indio ladino, ex-ministro de Huerta, "el problema religioso y problema indígena o agrario, entre nosotros han llegado a confundirse." (Q. Moheño. Elg. jul. 1917)

Entre tanto, como anticipo de cuentas y principio de desengaño para liberales y socialistas, "la raza indígena que ha sido siempre refractaria a la Reforma." (Lib. N. 17. a. 1887) admite un gobernante adorador de ésta, seguirá siéndolo aún más, andando el tiempo. ¿Cómo podría olvidar que ella, en unión del clero, ha sido la clase más escarnecida, vejada y despojada por los hombres de la Reforma, que despectivamente la llaman "un peso y un estorbo para México," (Ql. p. 25) y abogan con un presidente bolchevique, Calles, "por su completa destrucción," (Lt. 30 nov. 1919) como en 1898 (28 sep.) lo había externado, ante Díaz y selecto concurso de liberales remedistas, el pornográfico novelista Gamboa? "En ocasiones dijo él, el indio me avergüenza, y hasta pienso que los E. U. quizá han estado en lo exacto al destruirlos o relegarlos a los desiertos."

Cuando dejen de ser esos católicos de chicha y nabo, la inermes turbamulta de rezanderos faltos de unión y de bríos que hasta la fecha han sido; cuando se organicen en un partido fuerte, aglutinado y con férrea disciplina, que no ande más coqueteando con liberales y socialistas; el indígena, cuyas virtudes celebró el obispo Julián Garcés en 1537, y "Palafox en un tratado digno de consultarse," (Al. I. 69) el indígena, que "por su estado de inocencia primitiva, confiesa Rabasa, es más capaz que el blanco de recibir una dirección moral" (Bas. p. 279); el indígena cuya potencia prolífica en climas sanos ha sido justamente celebrada por Humboldt, cuya fuerza muscular, igual si no superior a la del caballo, le permite llevar a cuestas un peso de 80 kilos (Mol. p. 262), y recorrer sin parar, con sus piernas de hierro y tendones de acero, lo que no puede el caballo, una distancia de 100 kilómetros, de México a Pachuca, en sólo 10 horas; el indígena con esa enorme cantidad de dinamita humana en él escondida; pero, sobre todo con su fe